

POETAS NUEVOS DE COSTA RICA

MANUEL SEGURA

LEJANIAS

Vagas lejanías, horizontes claros,
perfiles borrosos, pálidas distancias...
¡Ciudades remotas de inmóviles faros,
de músicas nuevas, de suaves fragancias...!

Algo hay en mi espíritu que indistintamente
se va de mi vida con sed de aventura:
algo que me lleva cerca de la fuente,
algo que me hermana con la fronda oscura,
como si en mi vida vibrase una nota
de música errante
para lo que oculta la ciudad remota,
para lo que guarda la quietud distante.

Amo los secretos de la lejanía,
lo que desconozco, lo que me es extraño...

¿Que pastora allende la amplia serranía
irá apacentando detrás del rebaño
como otro rebaño su melancolía?

¿Qué voces antiguas llenan los trascoros
de las lontananzas que recorre el viento?

¿Bajo qué milagro verterá sus oros
esta tarde que hila su dorado cuento
sobre la fatiga que rumian los toros?

¿Qué emoción cristiana pone en el ambiente
la ermita que sueña detrás de esa altura?

Algo hay en mi espíritu que indistintamente
se va de mi vida con sed de aventura:
pienso en los caminos que no ven mis ojos,
en las plantas que hunden huellas en la alfombra
de sus longitudes y en los labios rojos
que a su amable sombra
dialogan en fiesta de risas y enojos;
en las urbes que algo llevan escondido,
—un poco de ensueño, de encanto, de gozo,
quizá una tristeza, tal vez un olvido—,
urbs que parecen más bien el esbozo

que algún dibujante trazara al descuido;
en esas canciones que los marineros
alargan por entre las viejas barquillas;
en aquellos ojos que, con ser austeros,
evocan paisajes, ortos placenteros,
noches estrelladas, tardes amarillas...

Pienso en todo... En todo lo que está lejano;
y ahora que siento y escucho en el viento
las notas que llegan perdidas de un piano,
pienso en la distancia de tu pensamiento.

Junio de 1921

CONVALECENCIA

A mi aposento, en donde mi fiel espíritu arde
lo mismo que una lámpara votiva, en su dolencia,
acógense los últimos fulgores de la tarde
con la quietud extática de mi convalecencia.

Es un sosiego extraño: recuerdos placenteros,
penumbras temblorosas, semblantes imprecisos;
páginas que he leído no se bajo qué aleros
y aromas que he aspirado no se en qué ingenuos rizos...

Después, todas mis fuerzas se sienten como en una
elevación de ensueño; y mi alma franciscana
se hermana con el llanto, los árboles, la luna
y con la misma pena que he de sentir mañana.

Y al escuchar tu vida, ¡oh Dios!, en la distancia
estremecer de gozo la fronda y la llanura,
—cuyos perfumes vienen a refrescar mi estancia
en un esparcimiento de gloria y de locura—,
esta plegaría mía, irreverentemente,
vase desfigurando como la luz del día;
y pienso que mañana, ya bueno, acudiría,
en vez de a darte gracias por tu actitud clemente,
¡primero, a dar un beso de amor sobre una frente;
y luego, a sentir todos los suyos en la mía!

Agosto de 1921

(Envío del Autor).

Poetas y pugiles

POR ARMANDO LEYVA

ANOCHE se estrenó en uno de
nuestros teatros una cinta cine-
matográfica en que desempeñaba el
papel de protagonista el pugil francés
George Carpentier.

El teatro estaba lleno. Predominaba,
contra lo que va ocurriendo en estos
días de crisis extrangulante, el ele-
mento femenino. Otra vez, como en las
mejores épocas, la sala de aquel tem-
plo del cinema deslumbraba de gracia:
los trajes de mimosos organdis, tonali-
zados en lila-color, del gusto actual,
acaso porque a pesar de todo sea esta
una hora de insospechadas melanco-
lías, triunfaban en palcos y lunetas.
Fuera de la costumbre, que la suspi-

caha ha remarcado en estas exhibicio-
nes a toda oscuridad como sintomática
de algo que no puede plasmarse en un
artículo periodístico, no era el silencio
lo que imperaba en aquella tanda, sino
un susurro sostenido, anhelante, clara
evidencia de una emoción colectiva
que se intensificaba por momentos.

Cuando Carpentier, el vencido de
Jersey City, apareció en la pantalla,
luciendo sus gentilezas de dandy,
hubo una fragorosa salva de aplausos
en la cual se podía adivinar el tono
mínimo de las manos enjoyadas.
Luego, otra vez el silencio en que
palpitaba mucha impaciencia mal con-
tenida. Y así durante largo rato,

mientras el argumento, frívolamente
sentimental de la película, iba desen-
volviéndose subrayado por la música
sugerente de la orquesta...

Finalmente llegó lo que tenía que
llegar, lo que todos esperaban como
nervio, vértebra y músculo de la trama:
el encuentro a puñetazos en el ring.
Carpentier, que en la película que glo-
samos se llamaba D'Alour, se enfrenta
con otro pugilista, ante una inmensa
concurencia, discutiendo, aparente-
mente, un campeonato, en realidad
los favores y el amor de una linda chi-
quilla.

Golpes van y golpes vienen; ansias
de muerte en el rostro del pugil fran-
cés, que cae dos o tres veces contra las
sogas del tablado; destellos de fiereza
vencedora en los ojos del rival; puña-
das que se pierden en el aire cuando
es el latino quien las propina y mace-
tazos sobre el rostro de éste por el
puño de hierro de su contrincante. La